

Desmenuzando unos textos empapados de vida

Grandiosa visión la que se nos narra en la lectura primera. Acontece en el templo de Jerusalén – lugar donde Yahvé manifiesta su gloria– y en un tiempo preciso: en el año de la muerte del rey Ocías (alrededor del 740 a.C.). Por medio de esta experiencia, el profeta comprende que el Altísimo le está llamando a una tarea, a una misión.

Isaías es consciente de lo que está viviendo y trata de aclararlo para poder compartirlo. Decir que ha visto al Señor, parece una afirmación atrevida por parte suya que, sin embargo, la detalla con precisión: contempla al Dios altísimo sentado en un trono alto, y los pliegues de su manto lo llenan todo con Su presencia.

Semejante manifestación de santidad provoca en profeta un grito de desgarrador: “¡Ay de mí!”. Siente la grandiosidad de la divinidad y toda su indignidad de criatura. Se sobrecoge por lo que está experimentando. El temor le invade. Es la misma sensación del apóstol Pedro después de ser testigo de la pesca milagrosa.

¿Qué es el temor de Dios?

El temor de Dios es un sentimiento que brota de la fe, y como fruto de un encuentro con quien nos trasciende y nos ama con un amor divino, incomprensible. No es miedo a lo humano, sino respeto sobrecogedor ante lo que se intuye. De este modo florece en nuestra intimidad la adoración: un estar ante Dios todopoderoso en actitud de silencio, expresión poderosa de fe: “Habla, Señor, que tu siervo



te escucha” (1 Sam.3,10). Es realmente inexplicable en términos humanos. El Papa Benedicto XVI habló del significado de la adoración como una proskynesis, es decir: **“el gesto de sumisión, el reconocimiento de Dios como nuestra verdadera medida, cuya norma aceptamos seguir”,** y como ad – oratio **“el contacto boca a boca, el beso, abrazar y por tanto amar”** (Homilía del 21 de agosto de 2005 en Marienfeld, Colonia).

La presencia del adorador ante Dios siempre transforma. Esto se expresa maravillosamente en aquellas palabras del libro del Éxodo: *“cuando Moisés descendió del monte Sinaí..., no sabía que la piel de su rostro se había vuelto radiante, porque había conversado con Yahvé. Pero Aarón y todos los israelitas, al ver que la piel de su rostro estaba radiante, tuvieron miedo de acercarse a él”* (Éxodo 34, 29-30). Es como cuando alguien mira fijamente un atardecer, después de un tiempo, su rostro también adquiere un color dorado.

San Francisco de Asís expresa bien esta actitud filial y sobrecogedora, en una de sus más bellas oraciones que narran la relación íntima con el Todopoderoso:

“Tú eres santo, Señor Dios único, que haces maravillas. Tú eres fuerte, tú eres grande, tú eres altísimo, tú eres rey omnipotente, tú, Padre

santo, rey del cielo y de la tierra...”. (Alabanzas del Dios Altísimo).

La adoración es algo que desnuda y estremece, puesto que presenta al hombre ante el Altísimo en su realidad y verdad: se reconoce Su grandeza y la propia pequeñez. Esta vivencia interior se manifiesta exteriormente por medio de unos gestos como la postración, la genuflexión o la inclinación.

Acercarse a Dios como lo hacemos con cualquier amigo, puede ser peligroso porque, con el tiempo, se irá eliminando el reconocimiento que le debemos. En la Biblia, las diferentes maneras de **“avecinarnos”** con Él son todas reverenciales. Sería un error hacerlo a la ligera olvidando que *“en presencia del Señor se estremece la tierra”* (cfr Sl 113 A,7).



La actual vivencia de la fe tiende a desplazar al Dios de Abraham, Isaac y Jacob, porque se considera que es **“demasiado terrible”**. Esto puede llevarnos a crearnos ídolos de madera que no pueden salvar (cfr Sl 113 b 12-15), reduciendo el misterio divino a la irrelevancia. La vocación del hombre, para la que fue llamado tanto Isaías como Pedro, es habitar en *“un fuego devorador... en una hoguera perpetua”*. Cfr Is. 33,14.

De esta vivencia profunda surge la misión: así aconteció primero con el profeta, y posteriormente con Simón Pedro.



Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 137, 1-2a. 2bc-3. 4-5. 7c-8



Te doy gracias, Señor, de todo corazón porque escuchaste las palabras de mi boca; delante de los ángeles tañeré para ti, me postraré hacia tu santuario. Daré gracias a tu nombre: por tu misericordia y tu lealtad, porque tu promesa supera tu fama; cuando te invoqué, me escuchaste, acreciste el valor en mi alma. Que te den gracias, Señor, los reyes de la tierra, al escuchar el oráculo de tu boca; canten los caminos del Señor, porque la gloria del Señor es grande. Tu derecha me salva. El Señor completará sus favores conmigo: Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos.

El “corazón” de donde brota el agradecimiento del salmista, es el lugar interior en el que tomó la decisión a favor de Dios poniéndose a su disposición como aconteció con el profeta Isaías. Entre el Señor y él existe un pacto de amistad.

La palabra corazón no tiene nada de superficial ni voluble como así acontece en la canción popular. Por el contrario, significa un movimiento de la voluntad que es enteramente reflexivo.

La gratitud es una emoción compleja que combina alegría, sorpresa, incluso asombro ante algo que se nos da (objeto, apoyo, etc.) o que se está viviendo. Es tomar conciencia de lo afortunados que somos en diferentes aspectos de nuestra vida diaria.

El salmista no se cuenta entre los arrogantes, pues confía en Dios: *«Tu derecha me salva. El Señor completará sus favores conmigo: Señor, tu misericordia es eterna»*. (vv. 7-8)

La palabra hebrea “hesed” (חסד) traducida como “misericordia”, conlleva el matiz de lealtad, amabilidad. También es conocida como “guedulá” (גדולה) que significa grandeza. Dios es fiel, grande y perseverante en su amistad. Tomar conciencia de esta realidad, significa que se hará un gran progreso en la vida espiritual.

“Contempla en mí tu obra, no la mía; porque la mía, si la ves, la condenas; la tuya, si la ves, la coronas. Porque toda buena obra que haya en mí, viene de Ti, no de mí; y así es más tuya que mía”, comentará san Agustín. (Efesios 2:8-10). Agustín .

La gratitud es una experiencia de alegría interior, fruto de “ver la presencia de Dios en todas las cosas; fortalece la fe y la esperanza, y también la capacidad de hacer el bien. La persona que experimenta el consuelo no se rinde ante las dificultades, porque experimenta una paz más fuerte que la prueba”. (cfr Papa Francisco. 23/11/2022).



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO V “PER ANNUM” “C”

Un texto para guardar en la memoria del corazón

Isaías 6, 1-2a. 3-8

El año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono alto y excelso: la orla de su manto llenaba el templo. Temblaban las jambas y los umbrales al clamor de su voz, y el templo estaba lleno de humo. Yo dije: «¡Ay de mí, estoy perdido!... he visto con mis ojos al Rey, Señor del universo». Uno de los seres de fuego voló hacia mí con un ascua en la mano, que había tomado del altar con unas tenazas; la aplicó a mi boca y me dijo: «Al tocar esto tus labios, ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado». Entonces escuché la voz del Señor, que decía: «¿A quién enviaré? ¿Y quién irá por nosotros?». Contesté: «Aquí estoy, mándame».



Lucas 5, 1--11

En aquel tiempo la gente se agolpaba en torno a él para oír la palabra de Dios... Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca»... Y, puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse... Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador»... Y Jesús dijo a Simón: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres»... y, dejándolo todo, lo siguieron.